

Alicia Estopiñá

Merlot

Alicia Estopiñá

Merlot

grado cero [a] narrativa

grádo cero [ã] narrativa

© Alicia Estopiñá Amela, 2006

© Grand Guignol, s. L., 2006

Ilustración de cubierta: Jesús Sanz

Diseño de colección y maqueta: Elena Costa Krämer

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

 Grand Guignol
Ediciones

Gavilanes, 1 – 28035 Madrid
e-mail: grandguignol@telefonica.net
www.grandguignolediciones.com

Depósito legal:

ISBN: 84-934428-5-2

978-84-934428-5-9

Impreso en España

A los que leen

El asfalto recalentado de la N-232 es una raya gris que rompe la uniformidad ocre de los trigales recién segados. El sol de Julio reverbera produciendo espejismos incoloros que bailan en la línea del horizonte. Un deportivo negro avanza rápido y solitario.

Juana, sentada en el asiento del copiloto, se remueve para despegarse el cuero que se le engancha en los muslos. Mira de reojo el cuentakilómetros, que marca ciento setenta.

—Tenemos tiempo de sobra —dice, dando unos golpecitos con el índice en el reloj de su muñeca—. La consulta es a las doce y sólo son las diez.

Luis, al volante, con unas gafas oscuras que ocultan sus ojos enrojecidos por la falta de sueño, parece no haberla oído: ni contesta ni reduce la marcha. La mujer cabecea resignada. No vale la pena insistir. Su marido no suele escucharla mucho en general, pero concretamente cuando conduce, no lo hace jamás. Le gustan los coches más de lo que estará nunca dispuesto a admitir y disfruta con el BMW que les ha prestado su amiga Elisa, todo un lujo comparado con su viejo cuatro latas hecho polvo que no sirve ya ni para el desguace.

Casi ciento ochenta.

—Luiiiiss —amonesta Juana—, que este coche es muy potente y tú no estás acostumbrado...

¡Ni caso! ¡El muy capullo no me hace ni caso! ¡Claro, tiene

que aprovechar! Para una vez que puede correr sin que lo lleven... ¡Y a mí, que me zurzan, mi opinión no cuenta! Yo, a la fonda, a trabajar, a lidiar con repartidores, acreedores, a cuidar del niño y a callar. Pues empiezo a estar harta. Y cansada. ¡Estoy reventada! Nunca hubiera pensado que un bebé diera tantísimo trabajo. Hay que decir que el crío es inquieto, duerme poco y mal, come peor y lloriquea constantemente; se le va media mañana para que tome una papilla que luego vomitará al mínimo contratiempo; cuando está saciado, limpio y dormido, es la hora de la merienda, y ¡vuelta a empezar! Todo el día de cráneo, sin ninguna ayuda y con el alma en vilo. Hago las cosas de cualquier manera, el tiempo no me alcanza. No es de extrañar que cada vez tengamos menos clientes. Pero mientras yo me agobio, él, en lugar de echar una mano, hace proyectos. Ahora le ha dado por un bar, un bar en Zaragoza, dice, que hay mucha marcha. Desde luego, sabe de lo que habla, se pasa media vida en los bares. Al menos el gasto le saldría más barato. No sé, no sé... Las ciudades... A mi me gusta el pueblo y ahora estamos instalados, ¡después de lo que costó adecentar el caserón que todavía no hemos pagado! Pero la fonda es muy esclava, eso sí, y algo habrá que hacer, estamos tiesos, si no pagamos la hipoteca, se la quedará el banco, así que...

Tiene los ojos cerrados porque ha olvidado las gafas. Calibrando las posibilidades de secundar el propósito de Luis, más por docilidad que por propia convicción, los pensamientos van perdiendo intensidad, se enredan y disuelven en el caos de la modorra. Descansar, descansar... Dormir... El sueño la vence.

El terreno es liso, el paisaje monótono. La ausencia de curvas resta interés a la conducción y, aunque el climatizador hace ignorar los treinta y seis grados del exterior, los rayos solares dan de lleno en el rostro del conductor recordándole que tres horas de sueño son insuficientes para reparar los estragos del vía crucis etílico de la noche anterior. Tiene ganas de llegar, se muere de sed y agotamiento. Suerte que el

coche es rápido. El pie en el acelerador manteniendo la velocidad constante, la espalda reclinada y la cabeza erguida mirando al frente, los brazos extendidos y las manos sobre el volante, recto, sin movimientos ni rectificaciones a pesar del ligero desvío que paulatinamente le aleja del lado derecho hasta invadir el carril contrario. La carretera va difuminándose, el campo visual se reduce, y de repente, a punto de adormecerse, tras un cambio de rasante, un coloso rodante eclipsa el panorama y el flamante deportivo se convierte en un insecto pegado a las fauces del monstruo arrollador. ¡El único vehículo que se cruzan en todo el trayecto y tiene que ser la muerte en forma de camión!

Hierros retorcidos, una pincelada de rojo y negro en el cromatismo monocorde, dos guindas aplastadas en su lata por un mazo gigante, un camionero ofuscado y un niño que llora y llora en una guardería sin saber que papá y mamá no volverán para consolarlo.

Copenhague. Son las dos de la madrugada. La luz del neón del hotel de la esquina penetra por la ventana de la habitación en penumbra y permite distinguir la silueta de un cuerpo que yace boca abajo semioculto en el catre, apenas unos mechones lacios encima de la almohada abrazada y la colcha arrebujada moviéndose suavemente al ritmo de la respiración. La cerradura de la puerta de entrada al apartamento hace “cric, cric” al ser manipulada desde fuera; el visitante furtivo avanza a tientas por el corto pasillo que lleva al dormitorio, pisa un tablón algo suelto del entarimado y el crujido lo hace detenerse un instante. Escucha y, en vista de que todo sigue en calma, reanuda su marcha hasta llegar a la habitación. Sus ojos adaptados a la oscuridad ven el cuerpo en el camastro. Se acerca y se inclina, ladeando la cabeza para identificar el rostro que no puede ver debido a la posición del durmiente. Le aparta un mechón que no revela gran

cosa, aunque, sin embargo, está casi seguro de la identidad de su presa. Apoya una mano en el lecho y piensa en cómo despertarlo con el menor alboroto posible. Entonces, como si alguien leyera sus pensamientos y se anticipara a sus precauciones, oye un “¡shiiitsss!” El intruso se yergue y mira en derredor, el cuerpo tenso y la alarma en sus ojos. ¿Quién insta al silencio? No hay nadie más en el apartamento, le consta que no le han seguido y, de haberlo hecho, fuera quien fuera, no se andaría con remilgos. Vuelve a inclinarse con cautela ante el rostro invisible que supone es el de su hijo y que por fuerza tiene que ser quien lo ha conminado al silencio, aunque aparentemente sigue durmiendo tan campante. Tal vez está fingiendo, quizás le ha oído entrar y se divierte a costa de su cautela. Tiene un sentido del humor peculiar el muchacho. Bueno, al menos eso le pareció en las escasas ocasiones en que se han visto. ¡Qué cosas! Se inclina más, acerca su boca a la nuca y susurra suavemente: «¡Lorcan, Lorcan!» El siseo anterior se repite, “shiiitsss”, está vez justo a su lado. Apenas vuelve la cabeza en esa dirección cuando distingue a su derecha dos ranuras verticales que, acompañadas de una lengua bífida, identifica inmediatamente como los ojos de una serpiente. Con el susto cae en la cama aplastando a su ocupante quien, sobresaltado y confuso con este despertar atropellado, se revuelve como una lombriz tratando de levantarse y librarse del peso que lo inmoviliza, el cual, por su parte, sólo piensa en alejarse del reptil. Brazadas frenéticas, patadas, un ovillo de brazos y piernas enredadas entre las sábanas y, después de tanta prudencia, ¡gritos! ¡Muchos gritos e imprecaciones! Finalmente el tal Lorcan consigue librarse de la maraña, ponerse en pie y encender la luz. El hombre hace otro tanto en cuanto puede, quiere apartarse del repugnante bicho que supone reptando por el camastro, acallar la algarabía de su hijo y hacerle entender la conveniencia de apagar la luz, cerrar la ventana, atrancar la puerta. ¡Intimidad, por Dios, intimidad!

—¡Pero...! ¿Qué cojones haces tú aquí? —increpa con los

brazos en jarras a la figura que le da la espalda para ir hacia la puerta y pasar la cadena de seguridad. Vuelve al momento y apaga la luz.

—¡Shiiiiitsss! ¡Baja la voz! ¡No grites!

—¿Qué cojones haces aquí? —repite con retranca en un susurro. Es fornido y bien musculado. Los ojos oscuros en las cuencas hundidas, el perfil aguileño y los mechones lacios despeinados le dan el aspecto asilvestrado de un ave rapaz. En nada se parece al que se supone es su progenitor, que es esbelto, de nariz recta, ojos claros de mirada limpia y un porte elegante, casi aristocrático.

—Tenemos que irnos. ¿Tienes a mano el pasaporte? ¡Vís-tete, coge cuatro cosas y vámonos! ¡No hay tiempo! Ya te explicaré de camino. Tengo un coche por aquí cerca.

Enfatiza sus palabras con toda la mímica de la presteza, pero la escenificación deja frío a Lorcan, que sigue mirándole con los brazos cruzados sin mover un músculo.

—Yo no voy a ninguna parte. ¿Por qué hablas en plural? ¿Desde cuándo tengo yo algo que ver contigo?

—Mal que te pese y aunque apenas hayamos tenido contacto, eres mi hijo. Y, desgraciadamente, se han enterado de ello personas que no debían. Yo no me he portado bien con ellos y quieren pagarlo contigo, ¿entiendes? De momento no creo que sepan tu paradero, pero no tardarán en averiguarlo. Así que, ¡vamos!

—¿Adónde? ¿A dar la vuelta al mundo como Willy Fog? ¿Qué se te ha perdido en Dinamarca? ¿Tú no estabas en Sudamérica?

—En Indonesia —corrige el padre.

—¿Y has venido desde allí para llevarme contigo? ¡Manda huevos con el amor paterno! Y, otra cosa que siempre me ha intrigado, ¿en qué te basas para pensar que eres mi padre? Porque cuando le preguntaba a mamá, se limitaba a despejar una presencia invisible en el aire, o una mosca, o se echaba a reír. Tampoco nos parecemos mucho...

—Pero me caes bien.

—Buen argumento. ¿Cómo me has encontrado? Hace más de cinco años que no sabíamos nada el uno del otro y, la verdad, creo que nos iba bien a los dos.

—Ahora eso no importa, ya te lo contaré. ¡Vamos, por favor! ¡Haz lo que te pido!

Para animarlo a la acción, abre el hombre el armario en busca de una bolsa de mano que encuentra y arroja encima de la cama. Coge pantalones y ropa interior y va metiéndolos dentro. El joven, finalmente, encogiéndose de hombros con resignación, empieza a vestirse.

—¿No podemos encender la luz?

—Mejor no. ¿Dónde tienes tus documentos?

Ante el inconcreto «por ahí», abre el cajón de la mesita situada al lado de la cama, en busca de la inevitable cartera y al meter la mano se da cuenta demasiado tarde de que la piel que toca, si fuera la del billetero, debería estar más curtida. Con un respingo, pero sin decir palabra —está el hombre bien adiestrado en el arte de dominar sus emociones—, da un salto hacia atrás y asiendo a su hijo por el brazo, le señala el cubil de la bestia que con las prisas tenía ya olvidada.

—Ahí hay una serpiente. Antes estaba en tu cama y me ha dado un susto de muerte. Me dan asco los reptiles. ¡Nunca entenderé que a alguien le guste convivir con semejante mascota!

—No fue mi elección. Un día me la encontré aquí, se habrá escapado de algún piso.

—Supongo que debe ser inofensiva, pero aun así... —un repeluzno—. ¡Qué grima! —Señala el cajón en el que el bicho se ha refugiado—. Por favor...

Una patada colosal en la puerta de entrada corta la frase. Los dos hombres se miran, asimilado de golpe el motivo de la insistencia paterna. Pedagogía en acción. Como si los genes se comunicaran telepáticamente o, quizás, porque pocas opciones hay, ambos reculan hacia el cuarto de baño y se parapetan tras la puerta que queda medio abierta y les permite mirar a través de la ranura de las bisagras. El padre ha

cogido un cuchillo de la repisa de la cocina y el chico, tras tapar la bolsa con las sábanas, la cartera y la serpiente.

Con otra coz, la cadena de seguridad sale volando. Debe de haber un acuerdo tácito por el cual, en casos como el presente, nadie enciende la luz, precaución incomprensible después del fenomenal alboroto. Pero así son las cosas, el tipo entra con decisión de nictálope y en cuatro zancadas se planta en la habitación. Mira la cama, aparta la sábana y se supone sonrío ante tan pueril triquiñuela. Se gira y va hacia la ventana, ofreciendo un plano de su perfil a la pareja que observa por la rendija y que interiormente se sorprende al no distinguir en manos del intruso el arma de rigor. No supone eso un gran alivio, pues ambos dan por descontado que es el ángulo visual el culpable de su equivocada apreciación y que el tiempo que se toma el bellaco —ha encendido un cigarrillo y fuma mirando a la calle— es fruto de la superioridad que le otorgan una buena artillería y la falta de escrúpulos.

No andan equivocados. El individuo anda bien pertrechado pero tiene la osadía de los imbéciles. Con el cigarrillo prendido en la boca y una mano en los riñones para sacar su arma, se dispone a entrar en el baño. En ese instante, padre e hijo empujan con fuerza dándole, literalmente, con la puerta en las narices e incrustándole el pitillo en la boca, todo lo cual le interrumpe ese gesto tan bonito del desenfunde, máxime cuando Lorcan le arroja a la cara la serpiente y papáito pincha al azar, acertando, con la suerte del novato, en plena ingle.

Mientras el tipo se revuelve con la serpiente por corbata y las manos atajando el surtidor de la femoral atravesada, nuestros amigos cogen la bolsa, la cartera y salen zumbando. Tras unos diez minutos de carrera por las calles desiertas, en una bocacalle que termina en un canal, suben al coche que prudentemente había dejado aparcado el padre, un trasto viejo, sucio, abollado y desvencijado que no despertaría la codicia del chorizo más miserable. Aunque todavía no ha cumplido los cincuenta, el esfuerzo y la tensión han dejado

al hombre sin resuello. Conduce atentamente y tan deprisa como puede, mientras su respiración va recobrando el ritmo normal. El chico lo observa sin disimulo, con una mueca de desaprobación y sorpresa.

—¿Adónde se supone que vamos? ¿Conoces la ciudad?

—Más o menos. Coge una de las dos bolsas de basura que están en la parte de atrás —el chico obedece y con hastío empieza a deshacer el nudo de una bolsa pringosa—. Hay dinero suficiente para que puedas instalarte en otro lugar y tirar una buena temporada.

Lorcan mira alternativamente el interior de la bolsa y al extraño que conduce como si lo llevara a una fiesta de cumpleaños y espera ansioso pero seguro de la reacción del hijo, el agradecimiento por un regalo succulento. ¡Qué hombre más raro!, piensa mientras manosea los billetes.

—¡Pasta gansa, ¿eh? —saca y contempla un billete—. Euros. Billetes de quinientos euros. ¿Cuánto hay? —sigue barajando el dinero sin esperar respuesta—. ¡Un montón! Y otro tanto en la otra bolsa, supongo, que debe ser para ti. Veo que repartimos el botín, como buenos compinches. Pero yo no he participado en ningún golpe, así que no debería... ¿O es la compensación por tantos años de abandono? Mamá decía que yo valía mucho y a mí siempre me hizo ilusión poder decir esto de «¿estás tratando de comprarme?»

—No es momento para sarcasmos. Lamento obligarte a cambiar de residencia, pero, a tu edad, te irá bien conocer un poco de mundo. No sé cómo se enteraron de tu existencia, que es mi único punto débil. Supongo que sobrevaloré mis capacidades e infravaloré las suyas. He seguido una ruta rocambolesca para llegar hasta ti y confiaba en localizarte antes que ellos, pero, a juzgar por los recientes acontecimientos, he fallado. Ahora no tenemos tiempo, ya lo has visto.

Han llegado a la terminal de autobuses y aparca en lugar visible.

—¡Vamos, no te entretengas!

El hombre sale del coche y echa a andar con pasos rápidos

llevando las bolsas, seguido del joven. El llegar a la fila de taxis, abre la puerta del primero, invitando por gestos a que su hijo se meta dentro. Da una dirección al taxista y éste arranca.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¡Otra sorpresa! Creí que íbamos a coger un autobús.

—Demasiado obvio, ¿no te parece? ¿Qué tal un crucero?

—Odio el mar. Me mareo. Es un trauma infantil, estuve a punto de ahogarme, ¿sabes? No, claro, ¿cómo ibas a saberlo?...

—Y como odias el mar has elegido para vivir una ciudad medio inundada... No te preocupes por el mareo, el capitán tiene un botiquín muy surtido, algo encontrará para aliviarte. Ten —le da una de las dos bolsas—. Guarda esto. Ya llegamos.

El taxi se detiene y los dos hombres se apean. Están en el puerto deportivo. Las aguas tranquilas y oscuras están salpicadas de embarcaciones sin tripulación que balancean sus mástiles desnudos. Las luces de tierra sólo iluminan la zona más próxima, y como no hay luna, el resto que se adentra en el mar queda en penumbra.

—¿Vas a llevarme de pesca? —pregunta el joven con su tono de incrédulo cinismo.

El padre ignora la pulla. Achica los ojos escrutando la amplitud del muelle plagado de barcas y lanchas hasta que parece distinguir su objetivo en medio de las aguas. Da un tirón al brazo del muchacho para que lo siga. «¡Vamos, vamos!» Éste obedece refunfuñando. Hay poca luz, apenas puede ver dónde pone los pies mientras se adentran por un embarcadero y el padre mira a derecha e izquierda, inclinándose para discernir la identidad de las naves que va descargando.

—¿Puedo saber qué buscamos? ¡No vayas tan aprisa! Acabaremos en el agua...

Ni caso. Hasta que se detiene y con un gesto que empieza a ser habitual en esta noche desquiciada, mitad prevención,

mitad apaciguamiento, insta a su hijo a agacharse en silencio. Los dos en cuclillas, el padre saca una linterna, la enciende y la cubre con la mano (una mano grande y fuerte de pelotari que parece ajena al cuerpo refinado), dejando escapar sólo el imprescindible haz de luz para enfocar la proa de la minúscula fuera borda que se mece apenas visible entre las moles de dos elegantes yates. Apaga. Tira de la sogá atada al amarre, acerca la motora y salta sin pensárselo dos veces.

—¡Vamos, dame las bolsas! —pide desde abajo.

La cabeza paterna, de pelo ralo, se distingue oscilando en medio de la oscuridad, los brazos en alto dirigidos hacia el remiso navegante que le ha pasado las sacas pero no se decide a subir (en este caso bajar) a bordo.

—¡Salta! ¡Coge mi mano!

—No veo nada —aduce el interpelado—. ¿Dónde estás?

Habrà que encender la linterna, lo imprescindible para que la criatura se ubique. Con la misma precaución anterior que requiere ambas manos, una para tapar y otra para sostener, enfoca el fondo de la barca para que el chico vea donde aterrizar y mira hacia arriba, justo para percatarse de que éste, ahora que por fin se ha decidido, con su impredecible torpeza marinera, va a errar la diana. Dada la prelación de intereses, suelta la linterna para poder ocuparse de Lorcan, a quien coge en volandas salvándolo del remojón. La barquita se mece como loca con el impacto de los dos cuerpos que, enredados en amoroso abrazo, han caído de culo en la lona y se balancean en un frenético intento por recobrar el equilibrio.

—¡Joder, joder, joder! —se queja Lorcan, desaparecido todo vestigio de ironía—. ¡Esto no se aguanta! ¡Vamos a caer al agua! ¡Me estoy mareando!

Su padre lo aparta suavemente y mientras la barca se estabiliza, pone en marcha el motor.

—Pero... ¡tú estás loco, hombre! ¿Adónde crees que vamos con este trasto? —los dientes le castañetean, aferrado al único cabo que ha encontrado.

—Justo detrás del malecón —contesta sin atisbo alguno de emoción en la voz, concentrado en mantener el rumbo.

—«Justo detrás del malecón —emula el tono descriptivo de su padre—, en cuanto la luz del amanecer lo permita, podrán ustedes admirar la singular belleza del paisaje, si antes no han perecido congelados.» ¡Joder, qué frío!

—¡Cállate, por favor! No me distraigas.

Provisto de un tabardo que no llegó a sacarse en su precipitada visita, advierte el temblor del chico, ataviado únicamente con un jersey amplio por encima de la camiseta.

—Mantén el rumbo un momento. Voy a quitarme la parka.

—¿El rumbo? ¡Si no veo nada! ¡Si no sé hacia dónde vamos! Ya te dije que odio el mar.

El padre se quita la prenda, se la echa a su hijo por encima de los hombros y vuelve a coger el timón, cabeceando. Una leve sonrisa curva sus labios.

—Creí que bromeabas —dice—. Yo en cambio, lo adoro—. Erguido al viento, como un mascarón de proa, hincha el pecho con avidez, aspirando la brisa y despreciando el relente nocturno.

—¿Adónde vamos?

—Hay un pesquero detrás del malecón que zarpa dentro de unas horas y te llevará hasta Escocia. Una vez allí, tú decides si te quedas o te vas a otro lado. Yo te aconsejaría algo más soleado. El sur tiene mejor clima. ¿Conoces España?

—Un momento, un momento. Ahora estás hablando en singular. ¿Y tú? ¿No vienes tú conmigo?

—No. No me parece oportuno. Yo tengo que despistar a los que nos siguen mientras tú te pones a salvo.

—¡Vaya! Ahora que empezaba a apreciar tu compañía. Y ¿qué pasará si no los despistas? El tipo al que has pinchado en mi apartamento no parecía tener muy buenas intenciones... Aunque..., quizás nos pasamos, yo no le vi ningún arma. A lo mejor, si hubiéramos hablado... Oye —hay un cariz de desazón en la voz—, ¿no se habrá desangrado? ¿No

te lo habrás cargado? ¿Qué hubiera hecho él si nosotros no le...

—¡Shiiitsss! —ha parado el motor—. ¡Agáchate!

Con una imprecación hace lo que le piden.

—Y ahora ¿qué pasa? —pregunta en un susurro.

Su padre no contesta. Ha echado una lona por encima de sus cabezas y agachado a su lado le presiona el antebrazo, indicándole de esta forma que no haga ningún movimiento. En esa especie de limbo permanecen unos segundos interminables en los que, además de la respiración de ambos, se percibe ahora un lejano aleteo que va subiendo en intensidad. Por los resquicios de la tela penetran de golpe haces de luz plateada. Los rayos de un reflector barren la superficie negra del agua en la que la balsa se balancea inerte. El “tuf, tuf, tuf” de un pequeño motor a ras de agua se suma al inquietante “flap, flap, flap” de las hélices en el aire. Lorcan tiene el estómago revuelto y la tentación irresistible de asomar la cabeza y ver qué demonios está pasando, no acaba de encajar los últimos acontecimientos ni acepta que se halle en más peligro del inherente a encontrarse de noche en el Mar del Norte, en una barca tan inestable como el tipo estrafalario que dice ser su padre y a quien siempre ha tenido por una leyenda.

El ruido del motor se oye cada vez más cerca. La luz ha desaparecido de los intersticios de la lona y vuelven a estar en penumbra, por lo que parece han dejado de ser el centro de atención. Lorcan levanta un poquito la cobertura, suficiente para ver que el foco del helicóptero que supone situado justo encima de sus cabezas, ilumina otra lancha, un poco mayor que la suya, detenida a escasos metros y conducida por un tipo rubio que gesticula mirando al cielo como en una tragedia griega, al tiempo que se comunica por radio (con poca confianza en el medio, a juzgar por los gritos). El padre le tira del jersey indicándole así que abandone la observación. Obedece y, aprovechando el alboroto de motor, hélices y la conversación del navegante voceras, le refiere la situación.

—Aquí al lado hay otra lancha, con un tipo que parece les está diciendo algo a los del helicóptero.

—¿Quién pilota el helicóptero?

—No lo he visto, está justo encima de nuestras cabezas, pero puedo mirar.

Medio sentado de espaldas, agranda un agujerito de la lona. Mira y se deja caer afectando un desmayo. El padre, exasperado, lo aparta de un empujón y se apodera de la improvisada mirilla. Una vez atisbado su objetivo, se recuesta junto a su hijo, como si fueran a tomar el sol, con un escueto «¡Vaya!»

—¿“Vaya”? ¿Así? ¿Cómo si hubieras visto una gaviota de una especie rara? ¡Es la policía, joder! ¡Los guardacostas o cómo coño se diga! ¿También nos persiguen? Me quieres explicar de una vez en que lío me estás metiendo...

—¡Shiiitsss!

El estruendo del helicóptero va atenuándose con la distancia hasta que es sustituido por el del motor de la lancha. Durante este tiempo el padre aferraba con fuerza el brazo del chico, conminándole a la inmovilidad. Ahora afloja la presión, se incorpora un poco, mira el exterior y soltando el aire con un alivio imperceptible, aparta la lona. Siguen sumidos en la oscuridad, con excepción de una pequeña luz proveniente de la lancha que está casi a su lado. El helicóptero es un rumor en lontananza. Se incorporan ambos, Lorcan con más preguntas en la punta de la lengua y su padre dirigiéndose en un idioma desconocido al piloto de la lancha, un joven pálido de rasgos afilados y mirada serena que habla con indiferente cortesía y una voz suave, sin inflexiones, en chocante contraste con la impulsiva elocuencia de la que hizo gala cuando se dirigía en danés a los guardacostas.

—Vamos a subir a su lancha —resume—. Tú primero. Él te ayudará.

Aunque las embarcaciones están tocándose, el constante balanceo merma la escasa confianza de Lorcan en su equilibrio, pero da por inútil resistirse. Asiendo la mano que le

tiende el rubial y apuntalado por su progenitor en la retaguardia, hace el cambio de transporte sin gran dificultad. El padre, bolsas en ristre, lo sigue con su grácil soltura, después de haber amarrado la lancha pequeña a la mayor para ser remolcada. Se ponen en marcha y avanzan en completo silencio. Lorcan, ofendido, ha optado por no plantear más preguntas que sólo son respondidas a medias y con evasivas. «Veremos cómo acaba esto», se ha dicho, concentrado en mantener la dignidad y no sucumbir a las náuseas que lo acechan desde hace rato y que con él último sobresalto tenía olvidadas.

Trabajo, trabajo, trabajo. Café, café, café. Una punzada en el estómago. La duodécima de la mañana. Claudio, el gestor, le ha contagiado la manía de contar las cosas. Ayer también tuvo punzadas, acompañadas de una sensación de vacío y, tras los dos primeros bocados, una incomprensible pesadez que le impidió seguir comiendo, así que dejó el plato intacto y se bebió el cuarto café del día acompañado del “Glenrothers” generoso que como de costumbre le trajo el camarero. Los cigarrillos no los cuenta porque tiene intención de dejar de fumar, ni tampoco los whiskys, que son muchos, ni las calorías, que son pocas, porque piensa que es pasajero, cuando se restablezca el orden en su hogar también se reconvertirá su dieta. Desde luego, no puede seguir así mucho tiempo más, refugiándose en el despacho, cargando con todo el peso del bufete, huyendo de su casa, de esa pesadilla en pañales que parece la mismísima semilla del diablo.

Antonio llama a Raquel, la nueva secretaria, una chica casi invisible aunque eficiente, y le pide algo para el estómago. Ese “algo” podría ser desde un café hasta una ración de patatas bravas, y por un momento, viciado por anteriores y penosas experiencias, está a punto de concretar, no vayan a traerle algo tan improcedente como un carajillo, cosas más

absurdas habían pasado cuando Clara, la anterior “chica para todo” (en su más amplio sentido, en su caso personal), se encargaba de estos menesteres, pero su sustituta sabe lo que se hace: sin necesidad de más explicaciones, asiente y vuelve a salir en busca del remedio que sin duda alguna será acertado. Efectivamente, pasados unos minutos la chica reaparece con un vaso de agua y un sobre que abre y diluye en su presencia. «Le irá bien para el estómago», dice tendiéndole el brebaje, y añade, «aunque no debería tomar más café, y los cigarrillos...» Él ataja la cantilena con un «¡Gracias!» contundente y una señal para que lo deje solo. Se bebe el mejunje y reemprende su tarea. Afortunadamente aquí todo funciona bien y a él no le importa suplir las funciones de Elisa, su mujer, que anda a la greña con el pequeño monstruo, el hijo de sus fallecidos amigos Juana y Luis, de quien se hacen cargo temporalmente.

¡Hace tanto tiempo que no tengo una satisfacción...! Tan sólo alivios al descartar temores de males mayores: no, el nene no tiene nada grave, a pesar de la tos, los vómitos y después de cinco noches mirando el termómetro y el reloj; en el despacho nadie me ha demandado y la mano mágica de la fortuna (dirigida por Antonio, mi buen esposo) ha borrado los errores y enmendado los despistes propiciados por esas horas arrebatadas al sueño que se pierden en un continuo ir y venir de mi cama a su cuna, para velar y acallar ese llanto, esos gemidos que se reproducen en mi cabeza a cualquier hora, sobresaltándome, angustiándome, anclándome en la amargura y la impotencia. ¿Cómo puede un ser tan insignificante albergar tal cantidad de infortunios? ¿Por qué no sólo hago más sus desdichas sino que, inexplicable e irracionalmente, me siento responsable de ellas?

Elisa está fumando furtivamente en el lavabo, echando el humo a la calle por la ventana abierta. El crío duerme en su

habitación, pero tiene un radar que detecta cualquier placer ajeno en un radio de cien metros a su alrededor y un poder fabuloso para anularlo. Cuando alguien trata de pasarlo bien, ya sea a través de la lectura, la conversación, la comida, el sexo, o cualquier otra distracción, sus invisibles antenas captan las vibraciones e inmediatamente pone en marcha su cadena de interferencias: como un semáforo que avisa de lo que te espera, su tez se torna ámbar y luego colorada antes de comenzar a berrear cual poseso. Una vez desatado el proceso, poco importa que todos dejen lo que estaban haciendo y se vuelquen sobre él, que le hagan arrumacos, muecas ridículas, mimos, acrobacias. ¡Nada! Su consternación es tal, que el aire no le llega a los pulmones, se ahoga, tose, se caga, vomita, y cuando uno está marcando el teléfono de urgencias, amargado y alarmado, perdida ya toda posibilidad de relajación, entre hipidos recupera el aliento y el color y hasta sonríe como si tal cosa, el muy hijo de...

¡Pobre Elisa! Una mujer independiente, extravagante y deliberadamente frívola, atrapada en esta madriguera de pueril domesticidad, su orgullo y su independencia pisoteados por pies infantiles en este hogar que la ahoga con sus garras hechas de amor y concesiones.

En un suburbio de Londres, en un almacén sin ventilación repleto de cachivaches, antiguos unos, simplemente viejos otros, dos hombres de mediana edad discuten crispados ante un enorme cuadro apoyado en unas cajas. Sus colores chillones, rojos, azules, amarillos y verdes, dan la nota estridente en ese ambiente de suaves tonalidades propiciadas por la escasa luz y la pátina de polvo que cubre los trastos y flota como niebla en el aire. El lienzo está levantado por los cuatro extremos como si alguien se hubiera propuesto doblarlo como una servilleta, dejando al descubierto un rudo bastidor, y un desgarrón, causado por una cuchillada sañuda, le

abre las tripas en el centro, donde aún así puede apreciarse el pecho rajado de una mujer flotando desnuda en un lago de aguas oscuras rodeado de un paisaje encendido en rojos. La composición tiene garra, pero es evidente que los dos tipos que están delante no aprecian el buen oficio del artista.

—¡Tranquilízate, estás al borde del infarto! —tercia el menos sanguíneo de los dos, con una mirada aviesa que parece desear más que evitar que se produzca el mentado colapso—. ¿Has hablado con él? Quizá ha sido un malentendido, no creo yo que ese niño se atreva a jugárnosla.

—¡El cabrón no tiene teléfono! Vive en el campo, en una masía apartada.

—¿Y cómo contactabas? ¿De cuánto tiempo disponemos?

—Me llamaba él, yo le decía cuándo y cómo. Luego, el pago, ya sabes. De eso te encargas tú.

—Sí, ya. Repito, ¿de cuánto tiempo disponemos?

—La entrega estaba prevista para mañana. Veré si puedo aplazarla, ¿Cuánto? ¿Una semana? Hablaré con el cliente. ¿Cómo vamos a hacer para dar con él? Ni tú ni yo podemos ir. Tendremos que enviar a alguien. ¡Ni siquiera sé dónde cojones se encuentra! ¡Ni qué nombre utiliza! Si ha obrado de mala fe, que es lo que me temo, a estas alturas ¡vete a saber dónde estará!

—No lo tendrá fácil. Una obra así no se puede colocar como si fuera un jarrón. Él no tiene contactos...

—Eso no lo sabemos. Puede haberlos conseguido.

—Quizás, pero... ¡Lo primero es encontrarlo! Si no está donde se supone debe estar, entonces es que sí, que el chico nos la ha jugado. Le seguiremos el rastro. Daremos con él. ¿En qué lugar de España te dijo que vivía?

—En el Este, en el interior —se saca la cartera, extrae un papel, lo mira—. Teruel, dijo. Nunca había oído ese nombre. Igual se lo inventó. Quizás no existe.

—¿Teruel? No me suena, pero no conozco España. Miraremos en Internet.

En la cafetería de la Plaza Mayor de Alcañiz, una morena esbelta de treinta y tantos y un cuarentón de pelo ralo, entrando en carnes, charlan y ríen animadamente sentados ante dos tazas de café. Podrían ser marido y mujer, pero, ¿quién ha visto a un matrimonio riendo de buena mañana? Son Claudio y Elisa, reputado economista y gestor (a él le gusta llamarse contable) de particulares aficiones erótico-festivas el primero; abogada, madre involuntaria, avezada exploradora de la orilla salvaje, la segunda. Ambos amigos y confidentes desde hace años, se amparan en su casta amistad para librarse a sus secretos desahogos: el puterío de baja estofa por parte de él y la inmoderada ingesta alcohólica por parte de ella. Excusándose en sus respectivas obligaciones laborales, realizaban provechosas escapadas nocturnas, horas dedicadas a la intemperancia, donde el sexo, el alcohol y el humor eran las principales prioridades. Últimamente, desde que la abogada se hizo cargo del hijo de su amiga Juana, fallecida en accidente de tráfico, y cambió la botella por el biberón, sus complicidades se han limitado a inocentes encuentros de cafetería y las confidencias se han reducido sustancialmente por falta de alicientes. Cesan las risas y él aprovecha la pausa para encender un puro y ella para sacar un libro de su bolso que empieza a hojear con extrema curiosidad, mirando las tapas y la contracubierta pensativa, como si de un jeroglífico se tratara. Las volutas forman una cortina de humo que los aísla momentáneamente. Entra un tipo con uniforme de ejecutivo y el hombre se levanta para saludarlo. Unos minutos de charla y vuelve a su mesa.

—¿Conoces tú al nuevo director de la Caja? Un tipo simpático que ha llegado hace poco de Zaragoza y se ha instalado con su familia cerca de casa. Su mujer se ha hecho amiga de Margarita, aquí no conocían a nadie y ... ¿Elisa? Elisa, ¿me escuchas?

—Hummm..., sí.

Elisa sigue con su inspección.

—¿Qué libro es este que te tiene tan fascinada?

—“Pero... ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?”

—¡Yo qué sé! ¡Menuda pregunta!

—Es el título, se llama así —le muestra la portada—. Es de Jardiel Poncela. La historia de un Don Juan que se llamaba Pedro —dice leyendo el resumen de la tapa.

—Ah, humorístico, supongo. Pero, ¿por qué lo hojeas de esta forma? ¿Qué buscas? ¿Has dejado el ticket del parking dentro o algo así?

—Me ha llegado por mensajero esta mañana.

—¿Y?

—Sin remitente.

—¿No lo habías pedido? Algún regalo. ¿Qué haces ahora? ¿Por qué lo hueles? Hija, ¡qué pesada estás con el libro de marras! ¡Déjamelos!

Claudio coge y mira el libro, que no tiene nada de particular y se lo devuelve.

—Es nuevo y huele a tinta y papel, como todos los libros.

—Y a Fausto.

—¿A Fausto? ¿A tu desaparecido ex-amante? ¡Pero si hace más de dos años que se fue y no has vuelto a saber nada de él desde entonces, ¿qué te hace suponer que... ?

—No sabría decírtelo, me da en la nariz... —Elisa vuelve a olfatear el libro.

—¡Te da en la nariz! ¡Anda con la sabuesa! —le arrebató el libro y huele también él—. ¿Algún perfume que yo no he captado? O ¿quizás tu anónimo remitente se lo ha pasado por la entrepierna para estimular un sutil juego de feromonas? —se lo devuelve—. Chica, yo no huelo nada, me parece que el crío te está volviendo paranoica. Y a propósito, a ver cuando me acompañas como en los viejos tiempos, que desde que ejerces de madre sólo usas la ginebra para limpiar el acero inoxidable. Te iría bien un desahogo. Debes cultivar tu natural cinismo y tu proverbial mala leche, de lo contrario acabarás como tus tan denostadas “mamás”, hablando de chachas, críos y papillas, con sonrisa dulce de matrona.